



Creado con IA pidiendo representar la enajenación cultural europea en contexto de guerra cognitiva e IA. Rainer Uphoff

Rainer Uphoff.

Empresario y periodista

Vivimos un cambio de era, no una crisis, y confundir ambas cosas tiene consecuencias graves. Una crisis se gestiona dentro del orden existente; un cambio de era exige repensar los fundamentos. Quinientos años de hegemonía occidental se cierran en nuestra generación, y el error más costoso que puede cometer Europa es creer que esto es coyuntural, que basta ajustar políticas o cambiar de gobierno para que el mundo vuelva a su lugar. No va a volver. Y lo peligroso no es el declive en sí, que dará lugar a una nueva época, sino la negación del declive.

Un orden político que ha perdido credibilidad no se sostiene con argumentos, sino con miedo. Un imperio herido que no acepta sus límites no negocia: reacciona. Y la reacción de un poder en descomposición no es estrategia racional, sino supervivencia violenta. La

guerra —en Ucrania, en Gaza, en Irán, en los algoritmos de nuestros teléfonos— no es un fallo del sistema occidental: es su expresión más sincera en esta fase terminal porque el sistema que habitamos —financiero, tecnofeudal, militar— ha convertido la guerra en herramienta de gobierno, en mecanismo de control social y en negocio extraordinariamente rentable. La paz desactivaría demasiadas oportunidades de enriquecerse.

Europa ha dejado de ser actor para convertirse en vasallo de intereses inconfesables. Ha perdido su alma política —aquella que la fundó como proyecto para la paz— y sin alma no hay acción coherente. Sus élites, colonizadas cultural y financieramente por los intereses anglosajones, juegan una partida que no comprenden del todo o que, cuando comprenden, prefieren ignorar. El resultado: tomamos decisiones que dañan nuestras propias economías, destruyen nuestro tejido social y nos arrastran hacia guerras sin legitimización ni razón histórica.

Pero la guerra más profunda no se libra en el frente. La OTAN lo llama sin pudor “guerra cognitiva”: el control de la percepción como condición del control de la acción. Y aquí conviene detenerse, porque esta guerra tiene una dimensión que los análisis geopolíticos suelen eludir: es, ante todo, una guerra espiritual en el sentido más riguroso del término.

Lo que está en juego es la capacidad humana de pensar, de discernir, de querer. De querer dejarse guiar por la bondad, la belleza y la Verdad. Una sociedad que ha saturado sus sentidos con estímulos hasta anular la intuición, que ha vaciado de contenido sus instituciones de referencia —universidades, medios, parlamentos, hasta algunas partes de las propias iglesias— es una sociedad que ha perdido el espíritu. Y una sociedad des-espiritualizada, peor que des-cerebrada, es fácilmente arrastrada hacia la guerra porque ya no tiene las capacidades interiores para resistir: ni la lucidez para ver las mentiras, ni los vínculos comunitarios para organizarse, ni la trascendencia necesaria para situar el sacrificio en algo que no sea el propio miedo.

La inteligencia artificial ha añadido una dimensión nueva y cualitativamente distinta a este proceso. La primera encíclica de León XIV, Magnifica Humanitas, nombra con precisión lo que está ocurriendo: la IA no puede considerarse moralmente neutra porque adopta las características de quienes la diseñan, financian y controlan, y su concentración en pocas corporaciones transnacionales constituye una nueva forma de dominación global. El paralelismo que León XIV establece con la Rerum Novarum de León XIII no es retórico. En 1891, la primera revolución industrial había convertido a millones de trabajadores en engranajes reemplazables. Hoy, la revolución tecnofeudal hace exactamente lo mismo a

escala superior: convierte al ciudadano en dato y a la propia inteligencia humana —el *spiritus* encarnado, lo que distingue al ser humano como imagen de Dios— en algo supuestamente replicable y sustituible por un sistema de predicción estadística entrenado con el saber colectivo de la humanidad, apropiado como negocio privado. Esto no es progreso. Es la cuarta gran humillación del ser humano moderno: ya no somos el centro del universo, ni de la creación, ni de nuestra propia psique, y ahora parece que tampoco de nuestra propia inteligencia

¿Y la respuesta? No vendrá del sistema, porque el sistema necesita esta guerra —cultural, económica, cognitiva, de sangre— para existir. La paz genuina, la que exige una cultura que acepta vivir con límites y renuncia, es lo más subversivo que existe en el orden actual. Vendrá de comunidades vivas capaces de reconstruir sentido, de sostener la Verdad frente a la narrativa fabricada, de mantener vínculos humanos que los algoritmos no puedan gestionar ni los poderes financieros comprar.

La Iglesia, con su autoridad moral universal y su capacidad históricamente probada de generar tejido social fuera del control estatal, es en este momento un gigante teopolítico y geoestratégico que puede despertar: no como *poder*, sino como comunidad de resistencia y esperanza, autogestionaria en lo político y solidaria en lo económico; la única institución que ha sobrevivido a todos los imperios precisamente porque su lealtad última no es a ninguno de ellos.

Los pueblos no se odian por naturaleza. Son manipulados por quienes necesitan ese odio para sostenerse. Reconocer esto —y actuar desde esa lucidez, en comunidad, con valentía y sin ilusiones sobre nuestro sistema caduco— es el primer acto político real que necesitamos. No estamos en un momento de hacer lo mismo de siempre un poco mejor porque el sistema heredado ya no es reparable con reformas. Estamos en un momento de disidencia activa, organizada y arraigada en la espiritualidad de los padres de la Iglesia.

El seminario se celebró en línea el 10/06/2026

Puedes escuchar la grabación en audio (50,32 MB) [en este enlace](#). Si deseas acceder a una grabación en vídeo (302,8 MB), puedes obtenerlo [en este enlace](#).

Creemos en el libre flujo de información. Republique nuestros artículos libremente, en impreso o digital, bajo licencia *Creative Commons*, citando la fuente. La Web de NIAIÁ y sus publicaciones (salvo aquellas en las que se especifique de otra manera) están bajo

una [Licencia Creative Commons](#)



La sesión se celebrará en línea